

que no presentase las cartas del rey de Germania: el comisionado de Abderrahman se esforzó inútilmente en hacer ver al monje cristiano los inconvenientes y peligros que esto podía traer: el monje se mostró obstinado é inflexible; pero mas prudente el califa quiso todavía darle tiempo para que lo pensara mejor, á cuyo efecto mandó que se le dejara solo y entregado á sus meditaciones, sin mas compañía que la del otro monje su adjunto.

Al cabo de algunos meses pasó de órden del califa el obispo mozárabe de Córdoba á la habitacion del monje Juan, con el solo objeto de persuadirle á que desistiera de presentar las ya ruidosas cartas, haciéndole ver que de insistir en su empeño, además de seguirse una colision entre los dos pueblos, se veria el califa obligado á usar con él personalmente de una severidad que no podría evitar. Pero si duro habia estado el monje embajador con el que le habia hablado primeramente, estuvo aun mas en esta entrevista con el obispo mozárabe, reprendiéndole á él mismo por la sumision en que vivian él y su Iglesia á un príncipe mahometano, y concluyendo con decir que nada en el mundo le haria cejar de su resolucian. Comunicada á Abderrahman esta respuesta, todavía quiso evitar un conflicto, y discurrir algun medio de ablandar el duro temple de alma del monje cristiano, que le causaba no poca admiracion. Trascurrieron algunas semanas mas, y nuevos enviados pasaron á tantear las disposiciones del monje de Gorza, al cual hallaron inmutable en su propósito. Entonces el califa determinó ensayar si por el terror conseguia lo que no habia podido recabar por la prudencia y la blandura; y conociendo que la amenaza de un castigo personal no bastaria á doblegar á un hombre de tanto corazon y de ánimo tan firme, hizole entender, que si persistia en su temeridad, decretaria una persecucion contra los cristianos de sus dominios, y que él solo por su obstinacion seria responsable de todas las victimas y de todas las desgracias que se siguieran. Ni esto bastó á hacer desistir al inexorable monje, parapetándose en que su deber era ejecutar las órdenes de su monarca, sucediese lo que quisiera.

Ya eran los cristianos mozárabes los mas interesados en buscar una solucion á tan difícil y delicado negocio. Hablaron, pues, con el monje Juan, y se acordó proponer al califa que se enviase nueva embajada al rey Othon informándole de los embarazos en que se hallaban, y pidiéndole nuevas instrucciones para ver el medio de salir de ellos. A todo accedió Abderrahman, y como no se encontrara quien se prestase á desempeñar tan delicada mision, publicó un edicto prometiendo un favor especial al que se ofreciese á pasar á Germania, y todo género de presentes para cuando volviese á Córdoba.

Habia en el palacio de Abderrahman un lego llamado Recemundo ó Raimundo, empleado en la secretaria del califa por su instruccion en las lenguas latina y arábica. Viendo Recemundo una ocasion de prosperar y acaso de elevarse á un alto puesto, y asegurado por Juan de que seria bien recibido, aceptó la embajada con una sola condicion, la de obtener el obispado de Illiberis que se hallaba vacante. No tuvo dificultad el califa en acceder á ello, y de simple lego que era se encontró de repente Recemundo convertido en prelado de una de las primeras iglesias de Andalucía (1). Consagrado obispo, y recibidas sus instrucciones como embajador, partió de Córdoba, y al cabo de algunas semanas llegó á la abadía de Gorza, donde fué recibido con mucho agasajo, y aun le acompañaron despues á Francfort, donde Othon tenia entonces su corte. Presentado Recemundo al emperador, fácilmente consiguió lo que deseaba. Othon despachó un nuevo enviado á Córdoba acompañando á Recemundo con un escrito en que autorizaba á Juan á suprimir ó no presentar la carta primera, causa de todos aquellos debates, y á negociar en cambio un tratado de paz y amistad que pusiese fin á las incursiones de los bandidos sarracenos que infestaban el imperio de Othon. Recemun-

(1) Vióse en efecto en la Iglesia mozárabe el ejemplar doblemente extraño de un lego elevado á la dignidad episcopal sin pasar por los grados intermedios, y de un prelado católico nombrado por un emperador mahometano.

do y Dudon (que era el nombre del otro mensajero) llegaron á Córdoba á principios de junio de 959.

Presentóse inmediatamente el nuevo enviado en el palacio del califa pidiendo audiencia. «No consiento, contesto Abderrahman, en ver á nadie sin que venga antes ese monje testarudo que tanto tiempo me las ha estado apostando. Los otros se podrán presentar despues.» Y envió una comision á Juan mandándole comparecer á su presencia. Poco faltó para que otra vez burlara al califa aquel monje singular. Cuando los vazires fueron á comunicarle la órden le encontraron despeinado y con barbas, con su túnica de sayal tosca y no nada limpia. Expusióronle los vazires que para poder presentarse al califa era menester que se hiciera rasurar la barba y peinar el cabello, así como ponerse otro vestido mas decoroso, pues el califa no acostumbraba á recibir á nadie en traje desalinado. El monje contestó sin turbarse que aquel era el hábito de su órden, y que no tenia otro. Dijéronse así á Abderrahman, quien se apresuró á mandarle diez libras de plata, cantidad que consideró sobrada para que pudiera hacerse un traje cual correspondia. Juan aceptó la suma y dió las gracias al califa por su atencion y generosidad, pero la distribuyó entera á los pobres, y volvió á repetir que no se presentaria sino con su ropaje ordinario. «Pues bien, exclamó ya Abderrahman al anunciarle esta última resolucian, que venga como él quiera, aunque sea envuelto en un saco si así le parece, y decide que no dejaré por eso de recibirle bien.» Era menester tanta paciencia y bondad del califa para tanta obstinacion y terquedad del monje.

Fijóse, pues, el dia para su recepcion, y Abderrahman hizo desplegar la mas suntuosa pompa y aparato para hacer los honores al ya célebre benedictino. En toda la carrera desde la casa del humilde monje hasta el palacio del poderoso califa estaban escalonadas las tropas de infantería y caballería de la guardia, los unos con sus picas apoyadas en tierra, los otros blandiendo dardos y venablos y ejecutando una especie de simulacro de combate, los otros oprimiendo con sus largas espuelas los ijares de sus caballos, y haciéndolos retozar y caracolear de mil maneras. Unos grupos de moros, probablemente dervises, especie de monjes de la religion musulmana, que solian asistir á todas las ceremonias públicas, iban dando saltos y haciendo ridículas contorsiones, ataviados tambien de un modo extravagante y raro. Al aproximarse el monje cristiano al real alcázar salieron á su encuentro los principales dignatarios del califa. El atrio estaba cubierto de vistosas y ricas alfombras. El monje Juan fué introducido al fin por medio de dos filas de magníficos sillones á la presencia del príncipe de los musulmes, que sentado sobre blandos y suntuosos cojines con las piernas cruzadas á estilo oriental aguardaba al embajador en un salon cubierto de riquísimos tapices y telas de seda.

Cuando el monje lorenés estuvo ya cerca del califa español, dióle este á besar la palma de su mano, honor que dispensaba muy rara vez á los mas elevados personajes, nacionales ó extranjeros; y le hizo seña de que se sentara en un sillón que á su lado preparado le tenia. Un intervalo de silencio se siguió á esta ceremonia. Rompióle el califa exponiendo las causas que habian retardado aquella audiencia, contestó Juan de Gorza, y en seguida hizo entrega de los presentes del rey Othon; y como luego hiciera ademán de retirarse, «Oh, no, exclamó el califa, no lo consentiré sin obtener antes palabra de que nos habremos de ver muchas veces, y de que nos habremos de tratar para conocernos mejor.» Prometióselo así Juan de Gorza, y salió complacido y satisfecho de haber hallado en el príncipe musulman un hombre que estaba lejos de merecer el epíteto de bárbaro que entonces aplicaban los cristianos á todos los ismaelitas.

Las entrevistas y conferencias se repitieron conforme habian convenido: en ellas se informó el califa de las fuerzas y poder del rey Othon, del número de sus tropas, de su sistema de guerra y de gobierno, y de otras circunstancias, y despues de haber hablado y cuestionado diferentes puntos, y quedado mutuamente aficionados el emir y el monje, partió este á dar cuenta al emperador del éxito de sus negociaciones, con lo cual quedaron amigos el emperador germano y el príncipe

musulman. Tal fué el resultado de la célebre embajada de Juan de Gorza, que pudo haber sido trágico para este y de muy desagradables consecuencias para los dos pueblos sin la extremada prudencia de Abderrahman (1).

Por desgracia no habia sido siempre este príncipe tan tolerante con los cristianos. O era desigual su carácter, ó habia mudado con la edad. Porque diametralmente opuesta habia sido su conducta con el cristiano español Pelayo, aquel jóven sobrino del obispo Hermogio de Tuy que recordará el lector haber sido dado en rehenes á Abderrahman para rescatar á su tío hecho prisionero en la batalla de Valdejunquera. Era, dicen, Pelayo tan hermoso como discreto, y hacia ya tres años que estaba cautivo en Córdoba, cuando informado el califa de sus prendas quiso verle y atraerle á su religion. «Jóven, le dijo, yo te elevaré á los mas altos honores de mi imperio, si renegando de Cristo quieres reconocer á nuestro Profeta como el profeta verdadero. Yo te colmaré de riquezas, te llenaré de plata y oro, te daré ricos vestidos y alhajas preciosas. Tú escogerás de entre los esclavos de mi casa los que mas te agraden para tu servicio. Te regalaré caballos para tu uso, palacios para tu habitacion y recreo, y tendrás todas las delicias y comodidades que aquí se gozan. Sacaré de sus prisiones á quien tú quieras, y si tienes gusto en que vengan tus parientes á vivir en este país, les daré los mas altos empleos y dignidades.»

A estos y otros seductores halagos resistió con entereza y constancia el jóven Pelayo, que contaba entonces trece años de edad. Los escritores cristianos añaden que el califa se propasó á hacer al jóven demostraciones y caricias de otro género, que hubieran sido mas criminales que las primeras, con lo cual enfurecido y colérico Pelayo se arrojó intrépidamente á Abderrahman, y le hirió en el rostro y le mesó la barba, desahogándose en las expresiones mas fuertes contra el califa y contra su falsa religion. El desenlace de este drama fué el martirio del jóven atleta, cuyo cuerpo mandó Abderrahman atenecear, y que despues fuese arrojado al Guadalquivir: horrible muerte, que sin embargo sufrió el jóven cristiano con una resignacion que parecia increíble en su corta edad. Fué el martirio de San Pelayo á 25 de junio de 925. Crueldad tan desusada en Abderrahman, y empeño tan grande en la conversion de un niño que apenas rayaba en la adolescencia, nos induce á sospechar que se mezclaba en ello otro interés que el de la religion, y que no carecen de fundamento las pretensiones de otro género que le atribuyen los escritores cristianos (2).

Esta mancha, la mas negra pero no la sola que afeó el reinado del tercer Abderrahman, y que tanto contrasta con otros actos de generosidad y de tolerancia de su vida, no nos impide reconocer que en lo general fué reinado el suyo lleno de esplendidez y grandeza. Protector decidido de las letras y de los sabios, las ciencias y las artes tomaron bajo su influjo un desarrollo maravilloso. La historia, la geografia, la medicina, la poesia, la gramática, las ciencias naturales, la música, la arquitectura, porcion de otros ramos y conocimientos literarios y artísticos, todo prosperó de un modo admirable; fácilmente pudiéramos presentar un largo catálogo de literatos eminentes y de artistas distinguidos, que hicieron célebre en la historia de las letras el reinado del tercer Abderrahman, contando á él mismo entre los poetas y entre los hombres de erudicion no comun. Habíase propuesto que la capital del imperio árabe-hispano fuese el centro de la religion, la madre de los sabios, y la lumbrera de Andalucía. A este fin no perdonaba gasto ni medio para traer á Córdoba los profesores mas ilustres y las obras mas afamadas de todos los pueblos musulmanes: á aquellos los colmaba de honores, y estas las compraba á precio de oro. Sus mismos hijos eran historiadores y filósofos, y el palacio de Meruan, punto de reunion de todos los literatos, era mas bien que el palacio de un príncipe

(1) Suministran estas noticias las Actas de los Santos de los monjes benedictinos, en Mabillon, y las de la *Vida de San Juan de Gorza*; porque este monje se cuenta en el catálogo de los santos.

(2) Raquel, Vida y pasion de San Pelayo mártir. Ambrosio de Morales refiere largamente este martirio, que cantó en versos latinos la monja alemana Rosvita, y que se hizo célebre por los poemas y dramas que sobre él se compusieron en la segunda mitad del siglo x.

un liceo ó academia perpetua, en que se cultivaban todos los ramos del saber que en aquella época se conocian; multitud de obras arábicas de aquel tiempo llenan todavía los estantes de las bibliotecas.

Hasta las mujeres de que se acompañaba eran literatas ó artistas. «Los últimos meses de su vida, dice uno de sus historiadores, los pasó en Medina Zahara, entretenido con la buena conversacion de sus amigos, y en oír cantar los elegantes conceptos de Mozna, su esclava secretaria; de Aixa, doncella cordobesa, que cuenta Ebn Hayan que era la mas honesta, bella y erudita de su siglo; de Safia, hija de Abdallah el Rayi, asimismo en extremo linda y docta poetisa, y con las gracias y agudezas de su esclava Noiratedia: con ellas pasaba las horas de las sombras apacibles en los bosquecillos, que ofrecian mezclados racimos de uvas, naranjas y dátiles.»

Además de los soberbios palacios y jardines de Zahara que hemos descrito en otro lugar, y que la mano destructora del tiempo, ayudada de la no menos destructora del hombre, ha hecho desaparecer, le debió la España la fundacion del arsenal de Tortosa (944), la construccion de un canal de riego y de un magnífico abrevadero en Écija (en 949), la de un bello mihrab ó adoratorio en la mezquita principal de Tarragona, multitud de otras mezquitas, baños, fuentes y hospitales, y el patio principal de la grande aljama de Córdoba (en 958), llamado hoy patio de los Naranjos, plantado entonces no solo de naranjos, sino de palmeras, de jazmines, de bosquecillos de boj, de mirtos y de rosales, por entre los cuales serpenteaban arroyuelos de puras y cristalinas aguas.

Llególe por fin á Abderrahman su última hora, y como dice uno de sus cronistas, «la mano irresistible del ángel de la muerte le trasladó de sus alcázares de Medina Zahara á las moradas eternas de la otra vida, la noche del miércoles dia 2 de la luna de Ramazan, del año 350 (961), á los setenta y dos años de su edad, y cincuenta años, seis meses y tres dias de su reinado, que ninguno de su familia reinó mas largo tiempo: loado sea aquel Señor cuyo imperio es eterno y siempre glorioso.»

Cuenta Ahmed Almakari, que entre los papeles que se hallaron despues de su muerte se encontró uno escrito por él que decía así: «He reinado cincuenta años, y mi reino ha sido siempre ó pacífico ó victorioso. Amado de mis súbditos, temido de mis enemigos, respetado de mis aliados y de los príncipes mas poderosos de la tierra, he tenido cuanto parece pudiera desear, poder, riquezas, honores y placeres. Pero he contado escrupulosamente los dias que he gustado de una felicidad sin amargura, y solo he hallado catorce en mi larga vida.» Otros dicen que hizo esta célebre confesion al filósofo poeta Suleiman ben Abdelgafir en un momento de melancolía. Uno y otro pudo ser muy bien. Así murió Abderrahman III en el apogeo de su poder y de su gloria.

## CAPITULO XVI

Alhakem II en Córdoba.—Desde Sancho I hasta Ramiro III en Leon

DE 961 Á 976

Solemne proclamacion de Alhakem II.—Brillantes cualidades de este príncipe. Protege las letras y los sabios.—Riquísima biblioteca de Meruan.—Sus campañas en Castilla.—Ajuste de paz con Sancho I de Leon.—Traslacion del cuerpo del jóven mártir San Pelayo á Leon.—Rebelion de algunos condes de Galicia.—Muere Sancho alvosamente envenenado.—Escena dramática y ruidosa entre dos obispos de Compostela.—Ramiro III de Leon.—Situacion de los demás reinos de España.—Condado de Barcelona. Sumario: Borrell II: Miron.—Navarra. Muerte de García el Temblon, y principio de Sancho el Mayor.—Castilla.—Muerte de Fernan Gonzalez.—Juicio crítico sobre este célebre conde, y sobre el origen y principio de la independencia y soberanía de Castilla.—Imperio árabe.—Guerras de Africa y su resultado.—Extincion del imperio edrisita.—Cultura de la corte de Córdoba.—Las mujeres literatas. Asambleas de hombres doctos y eruditos.—Estadística de la riqueza y poblacion de Córdoba.—Estado de la agricultura y ganadería entre los árabes.—Sentida muerte del ilustre Alhakem II.—Anuncio de cambio en la situacion de los pueblos de España.

Aquel Abderrahman que decía no haber gustado en los cincuenta años de su reinado sino catorce dias de felicidad, pudo haber contado por el décimoquinto el dia de su muerte,



pues felicidad es para un monarca en los últimos momentos de su vida saber que va a sucederle un hijo que perpetuará la gloria de su nombre.

Al siguiente día de la muerte de Abderrahman III (16 de noviembre de 961), veíase en el patio exterior del alcázar de Zahara los andaluces y zenetas de la guardia vestidos de gran lujo y cubiertos de brillantes armaduras; seguían dos hileras de esclavos negros con trajes blancos y con hachas de armas al hombro; otras dos filas de guardias eslavos, teniendo en una mano su espada desnuda y en la otra su ancho escudo, circundaban un gran salón; los vazires, cadíes y catibes en trajes blancos, color de luto entre los árabes; los capitanes de la guardia, todos los altos dignatarios del imperio daban frente a un trono erigido en el centro del dorado salón, en que se veía sentado un hombre, que si no tenía el majestuoso continente de Abderrahman, era de un exterior agradable y de una presencia noble; era Alhakem, que rodeado de sus hermanos y primos recibía el juramento de obediencia y fidelidad de su pueblo, y á quien los astrólogos y poetas anunciaban en elegantes versos la continuación del venturoso reinado de su padre. Tenía Alhakem II de cuarenta y siete á cuarenta y ocho años.

Uno de los primeros actos del nuevo califa fué nombrar su hágib ó primer ministro á Ghiáfir el Sekleby, hombre poderoso y guerrero acreditado.

El día de su nombramiento regaló al califa cien mamelucos europeos, armados de espadas, venablos y escudos, montados en ligerísimos caballos, y uniformados á la india; trescientas veinte cotas de malla, cerca de quinientos cascots, indios unos, y europeos otros, trescientos venablos ó lanzas arrojadizas, diez cotas de malla de plata sobredorada, cien cuernos de búfalos que servían como de trompetas, y otros efectos preciosos y raros.

Formado Alhakem II desde sus mas tiernos años en el estudio y cultivo de las letras, de las cuales había hecho su placer y su pasión dominante, cuando llegó al poder recibieron las ciencias un impulso cual todavía no habían alcanzado jamás. No había en parte alguna profesor de mérito, ni obra rara, que no hiciese venir á Córdoba á costa de oro, para lo cual tenía comisionados especiales en todas las ciudades principales de Africa, de Egipto, de Siria, de Persia, de todos los países en que pudieran salir producciones literarias. Así llegó á reunir en el palacio de Meruan la biblioteca mas numerosa y escogida de aquellos tiempos. Componíase de *cuatrocientos mil volúmenes*, clasificados por ciencias y materias. El índice ó catálogo de obras, según Ebn Hayan, formaba cuarenta y cuatro volúmenes, y además hizo emprender otro en que á los títulos de las obras se añadía los nombres de los autores con su genealogía y su biografía completa. La mayor parte de este trabajo era obra del mismo Alhakem, porque este ilustrado príncipe no era solamente bibliógrafo, no solo sabía el objeto y materia de cada obra de su biblioteca, sino que era también biógrafo, historiador y genealogista, y él mismo había escrito las genealogías de los árabes de todas las tribus que habían pasado á España. La biblioteca de Meruan además de abundante y rica era también vistosa, porque casi todos los libros estaban lujosamente encuadernados con dibujos y arabescos de los mas vivos colores, á cuyo fin había hecho venir y reunido en su palacio los encuadernadores mas acreditados, así como los mas hábiles copiantes. Ayudábale en sus trabajos bibliográficos su secretario particular Galib ben Mohammed, por sobrenombre Abu Abdelsalem, de quien dice El Razis que de orden del califa hizo el empadronamiento general de todos los pueblos de España. Él escribió por sí mismo al célebre autor de aquel tiempo Abulfaragi, rogándole que enviase una copia de su libro titulado el Agani, colección muy preciosa de canciones, y para gastos de la copia le envió letra franca y mil escudos de oro. Abulfaragi le mandó la copia, y además una historia genealógica de los Omniadas muy completa y circunstanciada, y una casida muy elegante de versos en elogio de los príncipes de esta dinastía.

Como despues de hecho califa no pudiera dedicarse á su ocupación favorita del estudio sino los ratos que le dejaban libres los negocios del Estado, y como por otra parte tuviese

que habitar en el palacio de Zahara, encargó la administración de la Biblioteca Meruana á su hermano Abdelaziz, y el cuidado de las academias y de los sabios á otro hermano llamado Almondhir. El pasaba la mayor parte del tiempo en Medina Zahara, gozando de las delicias de aquel sitio con mas tranquilidad que su padre, comunmente en la compañía de su favorito Mohammed ben Yussuf de Guadalajara, que escribió para el rey la Historia de España y Africa, y otras historias de ciudades particulares. Tenía también en mucho aprecio al poeta Mohammed ben Yahye, llamado el Calafate, uno de los mas floridos ingenios de Andalucía, y al persa Sapor, que á instancias suyas había venido á Córdoba; por ser uno de los hombres mas doctos de su país, Alhakem le había hecho camarero suyo. Y como apenas sería posible suponer á un príncipe árabe sin alguna linda esclava que amenizara aquellos verjeles, citase como su favorita á la bella *Redhiya* (que quiere decir la *Apacible*), á quien él llamaba la *Estrella feliz*.

Vivió Alhakem los dos primeros años de su reinado enteramente consagrado á la administración interior del imperio, sin que por parte del rey Sancho de Leon se turbaran las relaciones amistosas en que había vivido con su padre. Solo el conde Fernan Gonzalez de Castilla, libre ya de la prisión en que le había tenido el rey de Navarra, molestaba con correrías y cabalgadas los dominios musulmanes de las márgenes del Duero, tomando á los moros las mieses ó los frutos ya recogidos, los ganados y todo cuanto pillaba, de tal manera que no dejaba momento de reposo á los enemigos, y haciales á estos insoportable vivir en país tan de continuo acometido. Para poner término á este estado de cosas, vióse precisado Alhakem á publicar el alghed ó guerra santa contra los cristianos de Castilla, y para dirigir mejor y mas de cerca así los preparativos de la expedición como las operaciones, se trasladó en persona á Toledo (963). Entonces fué cuando mandó publicar á los caudillos de todas las banderas como orden del día aquella célebre proclama que nos recuerda la de Abu Bekr, primer sucesor de Mahoma, en los campos de la Meca al tiempo de partir á la conquista de la Siria.

«Soldados, les decía Alhakem, deber es de todo buen musulman ir á la guerra contra los enemigos de nuestra ley. Los enemigos serán requeridos de abrazar el Islam, salvo el caso en que como ahora sean ellos los que comiencen la invasión... Si los enemigos de la ley no fuesen dos veces mas en número que los musulmes, el musulman que volviese la espalda á la pelea es infame y peca contra la ley y contra el honor. En las invasiones de un país, no mateis las mujeres, ni los niños, ni los débiles ancianos, ni los monjes de vida retirada, á menos que ellos os hagan mal... El seguro que diere un caudillo sea observado y cumplido por todos. El botín, deducido el quinto que nos pertenece, será distribuido sobre el campo de batalla, dos partes para el de á caballo, y una para el de á pié... Si un muslim reconoce entre los despojos algo que le pertenece, jure ante los cadíes de la hueste que es suyo, y se le dará si lo reclama antes de hacerse la partición, y si despues de hecha, se le dará su justo precio. Los jefes están facultados para premiar á los que sirvan en la hueste aunque no sean gente de pelea ni de nuestra creencia... No vengán á la guerra ni á mantener frontera los que teniendo padre y madre no traigan licencia de ambos, sino en casos de súbita necesidad, que entonces el primer deber del musulman es acudir á la defensa del país, y obedecer al llamamiento de los wálies (1).»

Arregadas las tropas y reunidas las banderas de todas las provincias, quiso Alhakem manifestar á los pueblos que no solo era sabio y prudente sino que también sabía ser guerrero, aunque era la primera vez que empuñaba las armas, pues su vida anterior había sido toda consagrada al estudio de las letras. Hé aquí cómo refiere la crónica musulmana esta expedición de Alhakem: «Entró, dice, con numerosa hueste en tierra de cristianos, y puso cerco al fuerte de Santisteban (San Estéban de Gormaz): vinieron los cristianos con innumerable gentío al socorro (2), y peleó contra ellos, y Dios le

(1) Casi todas estas máximas se encuentran á la letra en el Koran.

(2) No debió ser tan innumerable, puesto que en esta guerra no se sabe que tomara parte el rey de Leon, y el conde de Castilla solo no po-

ayudó, y venció con atroz matanza: entró por fuerza de espada la fortaleza, y degolló á sus defensores, y mandó arrasar sus muros: ocupó Setmanca, Cauca, Uxama y Clunia (Simancas, Coca, Osma y Coruña del Conde), y las destruyó: fué sobre Medina Zamora, y cercó á los cristianos en ella, y les dió muchos combates, y al fin la entró por fuerza, y pocos de sus defensores lograron librarse del furor de las espadas de los musulmes: se detuvo en aquella ciudad con toda su hueste, destruyendo sus muros. Con muchos cautivos y despojos se tornó vencedor á Córdoba, y entró en ella con aclamaciones de triunfo; y se apellidó Almostansir Billah (el que implora el auxilio de Dios).»

Las crónicas cristianas confirman el resultado de esta expedición de Alhakem, tan fatal para las armas de Castilla. Solo añaden que el conde castellano Vela, que de resultas de un choque con Fernan Gonzalez, de cuyo engrandecimiento recelaba, había sido expulsado de Castilla, con propósito de vengarse venia ahora á acompañando ó guiando al ejército musulman, y del cual dicen que se ensangrentó en la pelea contra los cristianos como el mas cruel de los enemigos. Acaso á la ayuda y dirección de este transfuga debieron los árabes tan rápido y completo triunfo (1).

Á la primavera del año siguiente (964) el secretario de Alhakem, Galeb, literato á un tiempo y guerrero como lo eran muchos musulmanes, volvió á hacer de orden del califa nueva irrupción en el país castellano, donde tuvo algunos reencuentros ventajosos. Despues de lo cual y en combinación con el wálí de Zaragoza Attagibi resolvió contra el rey García el Temblon de Navarra, que dicen había infringido las condiciones de un tratado hecho con Alhakem. Así el rey de Pamplona como el conde de Castilla se refugiaron á Coria. Las huestes musulmanas talaron el país y se retiraron. Tan felices expediciones persuadieron á Alhakem de la superioridad de sus armas, y no hubo ya parte de la España cristiana donde no dirigiera sus ejércitos en el otoño de 964 y principios del siguiente. Y si por un lado se atrevieron los musulmanes, conducidos por Attagibi, á penetrar hasta cerca de Barcelona, y á devastar y pillar el territorio de aquel condado, por otro Ebn Hixem y Galeb reunidos se apoderaron de Calahorra en Navarra, cuya ciudad reedificó y fortificó el califa haciendo de ella el baluarte avanzado del islamismo sobre el Ebro superior.

Victorias tan repetidas movieron al rey de Leon y á los señores de Castilla á enviar mensajeros á Córdoba que entablasen con el califa negociaciones de paz. Alhakem, que como hombre dado con apasionamiento al estudio, gustaba naturalmente mas de la paz que del estruendo y ruido de las armas, recibió con complacencia las proposiciones de los cristianos y accedió á ellas fácilmente; y despues de haber agasajado á los mensajeros en el palacio de Zahara según la noble costumbre de su padre, cuando se despidieron para regresar á su país envió en su compañía á un vazir de su consejo con despachos para el rey de Leon, encargado también de presentarle en su nombre dos hermosos caballos árabes ricamente enjaezados, dos preciosas espadas de las fábricas de Toledo y de Córdoba, y dos halcones de los mas generosos y altaneros, dice la crónica (2).

Casi al mismo tiempo recibió Alhakem emisarios de los condes de Barcelona y de otras plazas de la España oriental, solicitando renovase con ellos la alianza en que habían vivido con su padre. Dice Almakari que la demanda de los enviados de Cataluña iba acompañada de un magnífico presente, compuesto de veinte jóvenes eslavos eumucos, diez corazas eslavas, doscientas espadas del Frandjat, veinte quintales de martas cebellinas, y cinco quintales de estaño. El califa ajustó con ellos un tratado de paz, en que se estipuló que habían de impedir á los cristianos de dichas fronteras el que despojasen

dia acaudillar tantas tropas que ni por hipérbole se pudieran decir innumerables, y menos comparadas con el grande ejército musulman.

(1) Roder. Tolet. de Reb. Hispan. lib. V.—Lucas Tudens. Chron.—Comienzan á hacerse frecuentes estos casos de pasarse alternativamente cristianos y musulmanes á las banderas enemigas.

(2) Conde, cap. 89.

y cautivasen, como acostumbraban siempre que tenían ocasión, á los musulmes de las comarcas aledañas (3).

Alentado Sancho de Leon con el buen éxito de la primera embajada, y á instancias de su mujer Teresa y de su hermana Elvira, religiosa esta última en el monasterio de San Salvador de aquella ciudad, se atrevió á enviar al califa cordobés una nueva misión, no ya de carácter político, sino de naturaleza puramente religiosa; á saber, la de que permitiese trasladar á Leon el cuerpo del jóven mártir San Pelayo, que los cristianos cordobeses habían tenido cuidado de recoger del Guadalquivir. Acompañó esta vez á los legados del rey el obispo Velasco de Leon (966). Algunas dificultades parece que halló al principio el prelado cristiano, mas al fin condescendió también el generoso y amable califa con su demanda, y el cuerpo del mártir Pelayo entró en Leon al año siguiente con gran contento de todos los cristianos, y muy principalmente de las dos princesas á quienes se debía la adquisición de la preciosa reliquia. El cuerpo fué llevado en procesion solemne á la iglesia de un monasterio erigido por el rey, cuyo monasterio se nombró de San Pelayo (4).

No pudo Sancho participar de esta solemnidad religiosa. Asuntos graves le habían llamado á Galicia, mientras sus enviados negociaban en Córdoba la entrega de los restos mortales del santo mártir. Varios grandes, ó condes, ó duques, se habían alzado en rebeldía contra el rey de Leon: entre ellos eran los principales Rodrigo Velazquez y Gonzalo Sanchez, este último pariente del obispo de Compostela Sisanando, por cuya instigación se cree que obraba. Este prelado, mas inclinado á manejar la espada del guerrero que el báculo del apóstol, hijo de un conde ilustre de Galicia de quien acababa de heredar cuantiosos bienes, había solicitado y conseguido del rey Sancho el permiso para fortificar á Compostela, so pretexto de poner el templo del Santo Apóstol al abrigo de las incursiones de los normandos que de nuevo se habían dejado asomar por la costa de Galicia. En efecto, él circunvaló su ciudad y palacio episcopal de murallas, torres y fosos al modo de una plaza fuerte, pero sacrificando para ello á los fieles de su iglesia, á quienes trataba como esclavos. En vano el rey, á cuya noticia llegaron las tiranías del obispo, le reconvino repetidamente por sus excesos: el prelado continuaba en sus violencias sin que le movieran las reales amonestaciones. Confiaba en la protección de sus parientes, y en poder con su ayuda resistir al rey, el cual creyó llegado el caso de pasar á Galicia con algun golpe de gente. El obispo compostelano, á pesar de sus fortificaciones y sus bravatas, no tuvo ánimo para resistir al rey, y le abrió las puertas de la ciudad. Sancho depuso al rebelde prelado de su silla, añadiendo algunos que le encerró en un castillo, y puso en su lugar á Rosendo, obispo que era de Mondoñedo y varon respetado por sus grandes virtudes (5).

Quedábale á Sancho todavía un enemigo poderoso, el conde Gonzalo Sanchez que gobernaba á Lamego, Viseo y Coimbra. El monarca leonés no dudó en dirigirse en su busca, pero apenas había pasado el Miño encontróse con los enviados del

(3) Cuentan los árabes un suceso ocurrido en este tiempo que nos da idea de cómo se habían ido adulterando las costumbres de los mahometanos españoles. Dicen que por abuso y licencia introducida por los de Irak y otros extranjeros, se había hecho tan comun el uso del vino, que no solo el pueblo sino los alfaquíes mismos lo bebían con escandalosa libertad en las bodas y festines, pero que informado de ello Alhakem, religioso y abstinente como era, juntó sus alimes y alfaquíes y les preguntó en qué podía fundarse el uso que se hacia, no ya solamente del ghamar y el sahba (vino tinto y blanco de uva), sino también del de dátiles, de higos y otras bebidas embriagantes. Respondieronle que desde el reinado de Mohammed se había hecho recibida y comun opinión que estando los musulmes de España en continua guerra con los enemigos del Islam, podían usar del vino, porque esta bebida alienta el ánimo de los soldados para las batallas, y que así en todas las fronteras se permitía su uso para tener mas valor y esfuerzo en las lides. Reprobó, añadió, el califa estas opiniones, y mandó arrancar las viñas en toda España, dejando solo la tercera parte de las vides para aprovechar el fruto de la uva en su sazón, en pasas y en arrope, y otras diferentes composiciones saludables y licitas, hechas de mosto espesado.—Conde, cap. 90.

(4) Samp. Chron. n. 27.—Annal. Compost. p. 348.

(5) Samp. ibid.—Chron. Iriens. n. 9.